

sa allí donde los demás juegan. Entregado a su soledad el niño construye su lejanía, para el poeta acrecentada en su búsqueda del lugar, destino e identidad de aquello ya no sólo fugitivo, sino irrecuperable.

El sinsentido de la diferencia infantil, el abismo de una culpa enigmática (casi kafkiana) crece cuando el poeta conduce su corazón a ese telón doloroso de la infancia. Lou Andreas Salomé caracterizó magistralmente a Rilke, consciente de que tenía no poco de niño mimado: el poeta rezaba⁵³ para consumir la realidad de las cosas; en esta devoción ante lo real, Rilke era atormentado por el impulso a adentrarse en las experiencias y la concreción que iba fijando por medio de la dicción poética que le llevaba a no perder lo que en su interior se estaba creando. El impulso hacia el afuera contrarrestado por la condensación poética. «Todavía, al cabo de los años —comenta Lou Andreas—, seguía hablando, como de lo irrecuperable, de las lagunas de la memoria, que por ese motivo habían surgido, comparándolas al fenómeno análogo que acaece con el material más temprano de la infancia; conteniendo la voz, citaba entonces con pausa:

Haz que su niñez sepa él de nuevo
lo inconsciente y lo maravilloso,
y de sus primeros años cargados de presentimientos,
el ciclo de las leyendas infinitamente rico en sombras.⁵⁴

La secreta llamada que siente Rilke a «cumplir una vez más la infancia» era obstaculizada continuamente por su demanda de soledad y por su desamparo al saber que nadie puede ayudarle: el mundo se convierte en el irrespirable dominio de una ausencia total de ternura. El 8 de junio de 1914 escribe dos cartas ensambladas a Lou Andreas Salomé que dan cuenta de la imposibilidad de encontrar refugio en sitio alguno. La escritura tampoco procura ya esa escapatoria al dolor: retorna la necesidad del fracaso. Han terminado las cartas a Benvenuta, ha sido pulverizada por la cercanía la correspondencia del corazón: «Lo que tan radicalmente iba a cambiar mi angustia comenzó con muchas, muchas cartas, hermosas y ligeras, como brotadas del corazón: que yo sepa, nunca he escrito otras parecidas»⁵⁵. La visibilidad pura que consiguió con Benvenuta o, en un sentido más estricto, el oído afinado para la música que se le ofreció, le permitió una nueva veracidad que llega incluso al territorio de los recuerdos, esos que eran narrados despacio por primera vez. Ahora, confiesa a Lou que sólo desea precipitarse ciegamente a cualquier ocupación, entregarse al mundo interpretado. Rilke se entrega a lo que denomina en un poema *El viraje decisivo*⁵⁶. Rilke consume su sacrificio casi edípico: provoca su propia ceguera, esta es su autoinmolación sacrificial. El viraje conduce a la intimidad por medio del sacrificio de la mirada. Lo que miraba o lo que deseaba ver era la correspondencia amorosa y ahora comprende que ese lugar le está vedado. El corazón entiende que no hay nada que complete su deseo de ver:

en el fondo de su cuerpo trastornado de dolor,
de su corazón a pesar de todo sensible,

⁵³ La oración es un tema importante de la poesía de Rilke, fundamentalmente de *El libro de horas*:

«Hago oración de nuevo, oh tú, el mal alto,
y me oyes otra vez por entre el viento,

porque dominan mis profundidades

palabras sonoras, nunca usadas» (pág. 111).

Lou Andreas Salomé centra su recuerdo de Rilke prácticamente en esta devoción poética, en este gesto de la oración: «Porque en la devoción y en la oración resuena todo aquello que palpita en nosotros, hasta el límite de la representación consciente de los sentimientos: aquello que deviene recogimiento interior, recogimiento de corazón; aquello que une todos los éxtasis (aunque provengan de muy lejos, del sexo o del ansia de valer) en un centro desconocido» Lou Andreas Salomé: *Memoria retrospectiva*, Ed. Alianza, Madrid, 1980, pág. 108.

⁵⁴ *Id.* 109.

⁵⁵ R.M. Rilke-Lou Andreas Salomé: *Correspondencia*, Olañeta Ed., Barcelona, 1989, pág. 18.

⁵⁶ Es importante señalar cómo en la carta que contiene este poema se menciona el estudio de Rilke sobre las «Muñecas» que le había mandado a Lou, que señala la comprensión de las palabras que son incapaces de expresar las muñecas. Rilke ya no recuerda emocionado el placer expectante de él y sus muñecas, sino lo amargo del contacto con ese recuerdo: «Pero, qué espantoso es que uno escriba semejante cosa sin darse cuenta de nada, so pretexto de ha-

esto deliberaba y juzgaba ese corazón:
no poseía nada del amor.
(Y le eran rechazadas nuevas consagraciones).
Ya está; se ha puesto un límite a la mirada⁵⁷.

El límite permite que se complete una nueva posibilidad: no se trata de alcanzar la plenitud del universo mirado por medio del amor, sino de hacer en adelante «la labor del corazón»⁵⁸ con respecto a lo que Rilke llama las imágenes cautivas, los recuerdos todavía inexpresables, aquello que se resguarda en el interior, preservado y «todavía no amado»⁵⁹.

Ahora ya es posible comprender la densidad de la infancia que indica la *VII Elegía de Duino*, aunque se haya fracasado «estar aquí es magnífico»⁶⁰ si se transforma el mundo por dentro, si lo visible vira para pasar a un invisible en el corazón: estos son nuestros espacios, esta es nuestra identidad. El ángel que antes en un oscuro sollozo no era llamado, puede ser ahora rechazado, mantenido en la distancia de su mirada salvadora⁶¹.

La *VIII Elegía*, dedicada a Rudolf Kassner⁶², insiste en esa dificultad para ver en nuestra condición de espectadores que no pueden ya estar en contacto con la ternura, que siempre están en la melancólica condición del que se despide⁶³. En nuestro estar en camino rimamos con lo efímero, aquello que más nos concierne. Así, afirma Rilke, la poesía tiene que querer esa unicidad de lo sido, ese no retornar que se hace irrevocable: el instante nos hace terrestres, mortales.

Pero este
haber sido una vez, aunque sólo una vez:
haber sido terrestre, no parece revocable⁶⁴.

blar de un recuerdo de la más original intimidad, y que a continuación deje uno la pluma con ansias de revivir una vez más lo fantasmal, pero de manera ilimitada como nunca antes lo había hecho; hasta que, lleno a rebosar de estopa el cuerpo de títere en que uno mismo se ha convertido, se quede con la boca reseca» (R.M. Rilke a Lou Andreas Salomé: op. cit., pág. 23).

⁵⁷ R.M. Rilke a Lou Andreas Salomé: op. cit., pág. 25.

⁵⁸ Cfr. R.M. Rilke a Lou

Andreas Salomé: op. cit., pág. 26.

⁵⁹ Cfr. R.M. Rilke a Lou Andreas Salomé: op. cit., pág. 26.

⁶⁰ R.M. Rilke: *Elegías de Duino*, 7.^a Elegía, pág. 100, verso 38.

⁶¹ R.M. Rilke: *Elegía de Duino*, 7.^a Elegía, pág. 103, verso 70.

⁶² Una cita de Kassner sirve de pórtico al poema Viraje decisivo: vid. R.M. Rilke-Lou Andreas Salomé: op. cit., pág. 24.

⁶³ R.M. Rilke: *Elegías de*

Duino, 8.^a Elegía, pág. 109, verso 75.

En Trakl es también central esta figura del que se despide, del que está de viaje:

«Tú peregrino, pasa silencioso;
el dolor petrifica el umbral» (Trakl: Una tarde de verano, incluido en Stadler-Heym-Trakl: Poesía expresionista alemana, Ed. Hiperión, Madrid, 1981, pág. 107). Cfr. el comentario de Heidegger en *De camino al habla*, Ed. Odos, Barcelona, 1987, págs. 11-31.

El hermoso poema de Trakl Primavera del alma contiene los temas caros a Kafka y a Rilke de la infancia, la pureza, la tristeza o la muerte, también el corazón: «Poderosa muerte y la llama que canta en el corazón» (Trakl: op. cit., pág. 119). Es significativa también la presencia de poemas como *Infancia* o *El corazón*, en Trakl; cfr. al respecto, Heidegger: *El habla en el poema*, incluido en *De camino al habla*, págs. 35-76.

⁶⁴ R.M. Rilke: *Elegías de Duino*, 9.^a Elegía, pág. 111, versos 14-16.

La misión que despuntaba en la primera elegía se condensa ahora en la novena con la certeza de que estamos aquí para decir:

oh para decir así, como ni las mismas cosas nunca
en su intimidad pensaron ser⁶⁵

Rilke por fin es lúcido renunciando a lo mirado, nada de eso nos llevamos «al otro lado», sólo nos es irrebatable el dolor y la larga experiencia del amor, aquello que es inefable y por eso, justamente, se sitúa en el tiempo de lo decible. Ese es el país natal del decir donde todo sucede en un umbral⁶⁶ en el que nuestro corazón aguanta entre los martillos de lo inexpresable y su necesaria invocación.

Salvar las cosas es decirlas sin aspirar a su totalidad, transformándolas en el corazón, aceptándolas consumando la gran afirmación de Zaratustra, persistiendo en la tierra inagotable:

Tierra, ¿no es esto lo que tú quieres: invisible
resurgir en nosotros? ¿No es tu sueño
ser algún día invisible? ¡Tierra!, ¡invisible!
¿Qué es sino transformación, la tarea que impones apremiante?
Tierra amada, yo quiero.⁶⁷

La aceptación de la infancia que lo quiere todo anhela ser recipiente de todos los cambios, fecunda en su renuncia a ser conquista de lo amado, que sólo rebosa cuando está por conocer. El corazón agradece ya sin disponerse a mantener las distancias, quiere su propio dolor y por ello es dichoso y siente la emoción «que casi nos abruma cuando cae algo feliz»⁶⁸.

⁶⁵ R.M. Rilke: *Elegías de Duino*, 9.^a Elegía, pág. 112, versos 34-35.

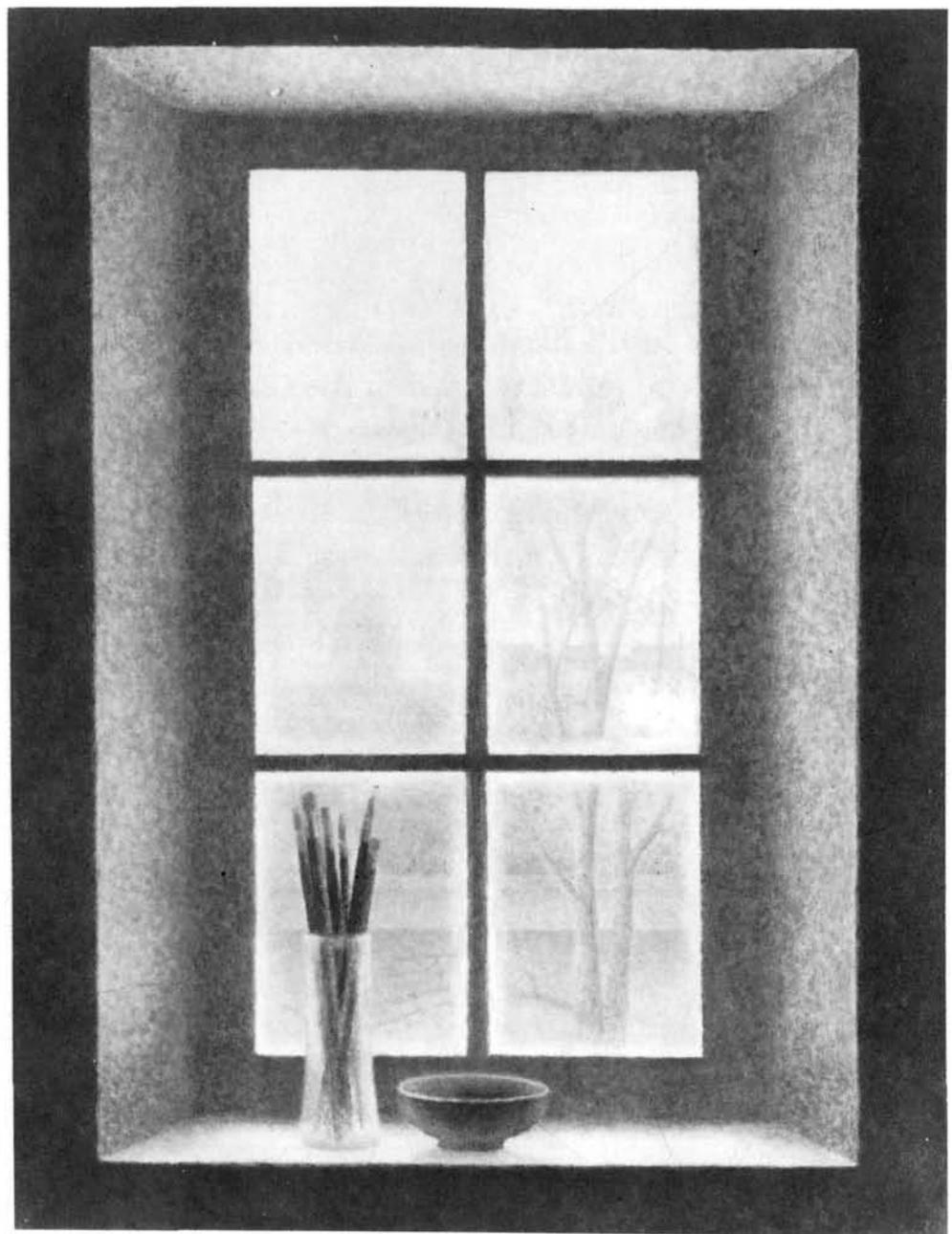
⁶⁶ Cfr. R.M. Rilke: *Elegías de Duino*, 9.^a Elegía, pág. 113, versos 37-38.

⁶⁷ R.M. Rilke: *Elegías de Duino*, 9.^a Elegía, págs. 114-115, versos 67-71.

⁶⁸ R.M. Rilke: *Elegías de Duino*, 10.^a Elegía, pág. 124, versos 111-112.

Fernando Castro Flórez

Como tendiendo un sudario sobre una pasión muerta,
una sábana blanca sobre pasos erróneos.



Obra de Xavier Valls
(1975)